

EL **REVISTA** DE C U L T U R A **ACORDEON**

ARNOLDO GONZÁLEZ

Palenque al fin del milenio

ASHLEY MONTAGU

**Antropología
de la agresividad**

ISABEL TERÁN

**La portentosa vida
de la muerte**

Cien años de cine en México

FELIPE LEAL

FRANCISCO HAROLDO ALFARO

ALEJANDRO OCHOA

GUILLERMO VAIDOVITS

LEONARDO GARCÍA TSAO

ÁNGEL MIQUEL

FERNANDO DEL MORAL G.

Cuentos

MARÍA LUISA ERREGUERENA

ANA ROSA GONZÁLEZ MATUTE

Poemas

GABRIELA TURNER SAAD

PABLO MORA

GASPAR AGUILERA

Fotografías

FABIOLA FRANCO G.



Número 18

Septiembre-diciembre de 1996

ISSN 0188-3291

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

EL ACORDEÓN, Revista de Cultura
PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL DE LA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Rector JESÚS LICEAGA ÁNGELES
Secretario Académico
EDUARDO MANCERA MARTÍNEZ
Secretario Administrativo
RAMÓN ARTURO LÓPEZ ÁVALOS
Director de Difusión y Extensión Universitaria
MANUEL DE LA CERA ALONSO
Subdirectora Editorial
MARÍA LUISA ERREGUERENA ALBAITERO

EL ACORDEÓN

Director ALAIN DERBEZ
Editor ÁNGEL MIQUEL
Diseño MARCELA CAPDEVILA
Asistentes MARÍA EUGENIA HERNÁNDEZ,
MAYELA CRISÓSTOMO, RITA SÁNCHEZ

Consejo de redacción

Gaspar Aguilera, Marcela Campos, Evodio Escalante, Judith Fuentes, Sergio Gómez Montero, Claudia Lucotti, Mónica Mansour, Carlos Plascencia, Graciela Schmilchuk, Josefina Vilar

Colaboradores

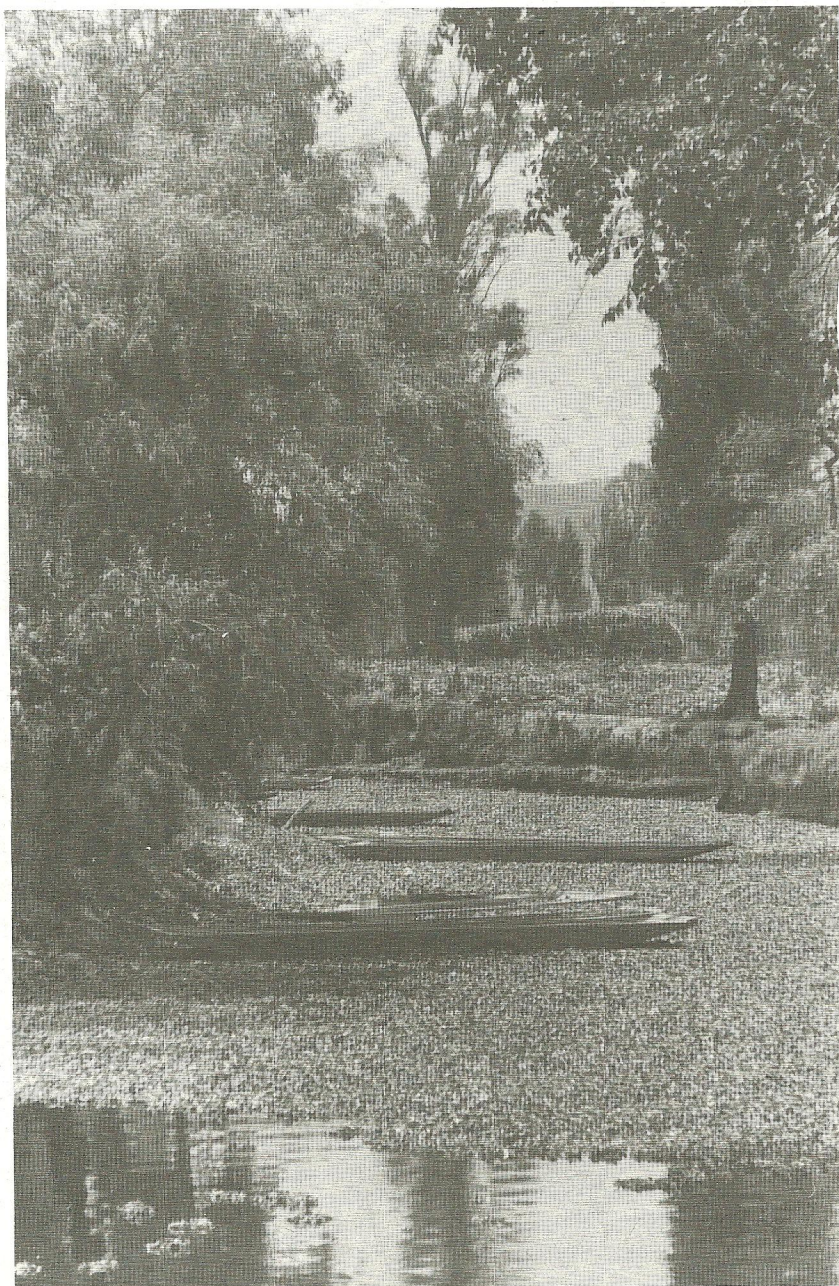
José Agustín (Morelos), Ciprián Cabrera (Tabasco), Héctor Cobá (Campeche), Jorge Esquinca (Jalisco), Rafael Figueroa (Veracruz), Elmer Mendoza (Sinaloa), Agustín Ramos (Hidalgo), Juan Gerardo Sampedro (Puebla), José de Jesús Sampedro (Zacatecas), Patricia Torres (Jalisco), Gabriel Trujillo (Baja California), Eduardo de la Vega (Jalisco)
Mauricio Ciechanower (t), Rosina Conde, Rogelio Cuéllar, Carlos Chimal, Ciro Gómez, Mariano González, Angélica de Icaza, Sergio Monsalvo, Horacio Rodríguez y Juan Villoro (D.F.)
Jorge Aguilar Mora, Charles Jarrell (Estados Unidos), Eréndira Bosques (Bolivia), Cristina Cavalcanti, Henrique de Freitas y Ángela Pappiani (Brasil), Álvaro Granados (Francia), Fredrik Gertten (Suecia)

Oficinas

Universidad Pedagógica Nacional
Camino al Ajusco 24
Colonia Héroes de Padierna, Tlalpan
14200 México, D. F.
Teléfono 6 45 49 65

Se autoriza la reproducción de los materiales que aparecen en la revista, siempre que sea con fines no lucrativos, citando la fuente y previa notificación escrita a la redacción. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores. Títulos y subtítulos a cargo de la redacción. No se responde por originales no solicitados. Certificado de licitud de título y contenido núm. 6191. Reserva legal núm. 0)3767/94. Impreso en Grupo Cuatro Publicidad, Bosque de Salazar 22, La Herradura, Méx.

Las fotos de portada, segunda y tercera de forros y esta página son de Fabiola Franco G.



VARIA

Arnoldo González

PALENQUE AL FIN DEL MILENIO 5

Ashley Montagu

ANTROPOLOGÍA DE LA AGRESIVIDAD 10

Isabel Terán

ESCRITOS

LA PORTENTOSA VIDA DE LA MUERTE, DE FRAY JOAQUÍN BOLAÑOS 15

DESDE EL TIEMPO

HECHO
EN
CASA

Ana Rosa González Matute

CONCIERTO 24

María Luisa Erreguerena

LA FLACA 30

Felipe Leal, Francisco H. Alfaro, Alejandro Ochoa, Ángel Miquel

CINES DE LA CIUDAD DE MÉXICO 32

F·U·E·L·L·E

Guillermo Vaidovits

DE LOS PRINCIPIOS PERCEPTIVOS DEL CINE 46

Leonardo García Tsao

TRES GENERACIONES DE CINEASTAS 51

Ángel Miquel

FEDERICO GAMBOA Y EL CINE 60

Fernando del Moral González

LA PRESERVACIÓN CINEMATOGRAFICA 69

LAS
ARTES
ENTRE
Sí

Gabriela Turner Saad, Pablo Mora, Gaspar Aguilera

POEMAS 70

NOSOTROS
NO
SOMOS
ASÍ

FOTOGRAFÍAS DE LA COLECCIÓN DERBEZ AMÉZQUITA 77

TELÉFONO

Juan Carlos Ramírez-Pimienta, Claudia Lucotti, Irene Vázquez

NOTAS SOBRE LIBROS, DISCOS, ETC. 82

DESDE EL TIEMPO

LA PORTENTOSA VIDA DE LA MUERTE DE FRAY JOAQUÍN BOLAÑOS

Isabel Terán

Poco podemos decir sobre la vida y la obra del oscuro fraile franciscano que dedicó sus horas a escribir *La portentosa vida de la Muerte* dentro de las paredes del convento de Propaganda Fide de la ciudad de Guadalupe, Zacatecas.

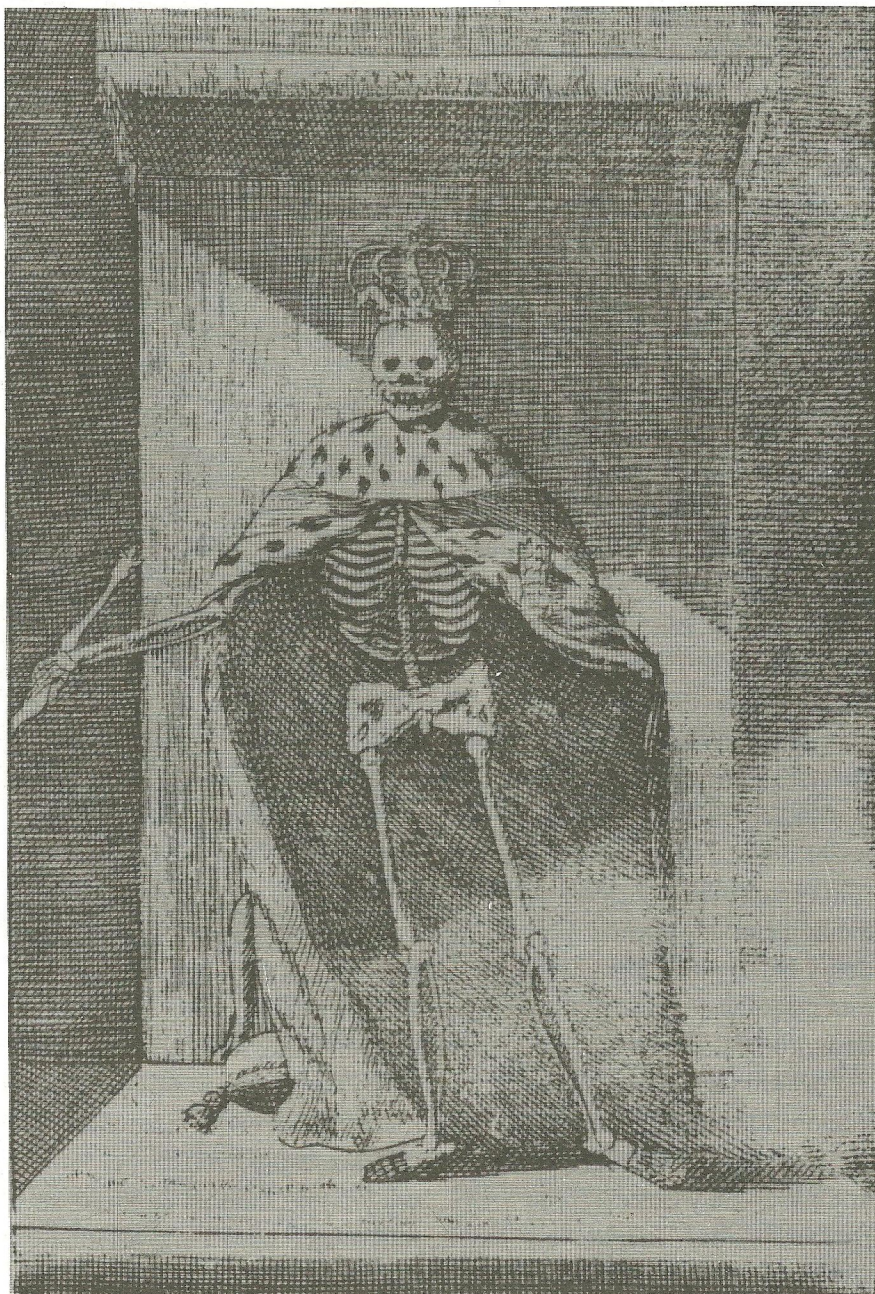
La relativa fama literaria conquistada a raíz de la publicación de su libro, aunque le mereció la entrada en las historias de la literatura y las bibliografías, no resultó motivo suficiente para que se le dedicara el esfuerzo de ser estudiado a fondo, ni siquiera para ser mencionado con largueza en las crónicas franciscanas de su convento.

Dedicado a la prédica en el norte del país, según él mismo cuenta en otra de sus obras,¹ para cuando se publica *La portentosa...* ocupa los cargos de predicador apostólico del Colegio Seminario de Propaganda Fide de Guadalupe en Zacatecas y de examinador sinodal del Obispado del Nuevo Reino de León.² Puestos a los que hay que agregar el de tercer discreto que recibió en 1791

durante la celebración del capítulo XXIX de la orden, según consta en uno de los apéndices de la obra de Esparza Sánchez, donde

además se anota el año de 1724 como la fecha probable de su nacimiento.³

A estos datos sólo podemos



D E S D E E L T I E M P O

añadir el de su origen novohispano, pues según anota Blanca López de Mariscal en su reciente edición crítica de la obra, Joaquín Hermenegildo Bolaños nació en la población de Cuitzeo de la Laguna, ahora Cuitzeo del Porvenir, Michoacán, siendo hijo natural de Paula Santos de Villa y Miguel de Bolaños, “español procedente de la Villa de Balderas, en Castilla la Vieja”. Información a la que añade que fue bautizado en 1741, que tomó el hábito de San Francisco el 31 de agosto de 1765 en el Convento de Guadalupe en Zacatecas, haciendo al año siguiente su profesión; que entre 1784 y 1785 vivió en Monterrey siendo confesor del obispo fray Rafael José Berguer, y que murió a los 55 años de edad, el 13 de febrero de 1796 “en la hacienda de San Pedro (Piedra Gorda), ahora Ciudad Cuauhtémoc, Zacatecas, jurisdicción del Curato de Ojo Caliente, entre las diez y las 11 del día: de repente y con sólo el Santo óleo, después de haber dicho misa y oído otras dos, y haber dicho algunos: ‘ya esta máquina se está desmoronando.’”⁴

Por otro lado sabemos que Bolaños fue autor de otras dos obras cuya noticia recogen tanto Antonio Palau y Dulcet⁵ como Toribio Medina.⁶ Una, breve y escrita en verso, fue titulada

Sentimientos de una exercitante concebidas en el retiro de los ejercicios espirituales, Que practican las Colegiales del Real Colegio de Niñas de San Ignacio, y expresadas en una glosa de la octava. Del famoso Lope de Vega A devoción Del R.P. Fr. Joaquín Bolaños. Y la otra fue el tercer tomo de Salud y gusto para todo el año, o año josephino, a los fieles que gustan leer las virtudes y excelencias con que Dios favoreció a su putativo Padre, y Purísimo esposo de su Santísima Madre El Santísimo Patriarca Señor San Joseph, Y que en su favor buscan salud y remedio a todas sus necesidades, con Doctrinas morales y Exemplos, un Ejercicio espiritual, y breve deprecación al Santo para cada día. Ambas fueron publicadas en 1793, y la primera se reimprimió en 1811.

El universo literario de Bolaños se circunscribe a estas tres obras, publicadas todas entre los años 1792 y 1793, antes y después de los cuales no parece haber referencia a su persona. La escasez de información no es sólo sorprendente, sino curiosa, ya que en un artículo de su *Gazeta de literatura* en el que hace una crítica a *La portentosa...*, el célebre José Antonio de Alzate se refiere a él como a una persona reconocida públicamente:

*Todo el mundo —dice— sabe sus asiduas tareas por desempeñar su ministerio. Todos a una voz lo veneran como a un ángel de paz, como a un ejemplar y edificativo sacerdote, en una palabra, como a un elocuente pregonero del evangelio, que más persuade con sus ejemplos que con sus palabras.*⁷

La primera y única edición en su época de LA PORTENTOSA VIDA / DE LA MUERTE, / EMPERATRIZ / DE LOS SEPULCROS, / VENGADORA DE LOS AGRAVIOS / DEL ALTÍSIMO, / Y MUY SEÑORA / DE LA HUMANA NATURALEZA, / cuya célebre Historia encomienda a los Hombres / de buen gusto / FRAY JOAQUIN BOLAÑOS, por escasa, es casi desconocida. Sin embargo los acervos coloniales de las bibliotecas de la ciudad de Zacatecas cuentan con varios ejemplares de ella.

Impresa en México en 1792, la obra consta de 276 páginas dedicadas al relato, —dividido en 40 capítulos, una “Conclusión” y un “Testamento”—, más 24 páginas preliminares que corresponden a la portada, la Dedicatoria, el Parecer, la Censura, las Licencias del Gobierno, del Ordinario y de la Orden; la fe de erratas, el “Prólogo al lector”, el Índice de los capítulos y un “Preámbulo necesario para dar principio a la Historia de la Muerte”. Además



incluye fuera de texto 18 grabados en aguafuerte de Francisco Agüero Bustamante,⁸ en los que se representa a la Muerte en distintas caracterizaciones.

La presentación de la obra corre a cargo del propio Bolaños,

quien, a través del "Prólogo al lector" y "El preámbulo necesario para dar principio a la historia de la Muerte", se dedica a orientar sobre la lectura del texto, explicando cómo quiere que sea recibido su concepto de muerte y cómo entiende que debe ser la

estructura y el plan de una obra como la que pretende.

Desde el principio el autor se esfuerza por dejar bien clara su intención de moralizar y divertir al lector, fomentando en él la reflexión sobre un tema profundo a partir del esparcimiento literario. Por tanto, advierte a quien se la dedica, que aunque en apariencia su obra pudiera ser considerada como "desperdicios del tiempo", el tema que en ella se trata es de suma seriedad, pero escrita en un tono y un estilo tales, que "su lectura podrá servir [...] de respirar, y tomar algún desaogo" a la pesada rutina diaria.⁹

Intención que no es vista con malos ojos por los encargados de autorizar la publicación de la obra, ya que coinciden en considerarla "edificante" y "llena de unción y sabiduría" sin contraponerse para nada "contra nuestra Santa Fe, y buenas costumbres, ni contra las Regalías de Su Magestad".¹⁰

Esta combinación de intenciones da como resultado una obra híbrida que fluctúa entre la ficción literaria y el sermón. Dado el propósito del autor de provocar la reflexión sobre un tema como la muerte, y no siendo éste del todo grato a ningún mortal, Bolaños se asegura de antemano la atención del lector convirtiendo a la muerte en



paciente “para que aún siendo tan desabrida la tome con menos repugnancia”,¹¹ Bolaños se disfraza de narrador, y en su papel de médico de almas hace tomar a los hombres con un poco de azúcar su cucharada de moral para disimular el amargor del recuerdo de su inevitable y segura muerte.

*Desabrida es la Muerte –dice al lector–, mas para que no te sea tan amarga su memoria, te la presento dorada o disfrazada con un retazo de chiste, de novedad o de gracejo. Va en forma de historia, porque quiero divertirte: lleva su poquita de mística, porque también pretendo desengañarte; separa lo precioso de lo vil, aprovéchate de lo serio, y riéte de lo burlesco.*¹²

De este modo la historia cobra dimensiones de ficción y la muerte de personaje literario.

La obra es pues conscientemente ficticia, alevosamente literaria; la ficción sirve al autor como el camuflaje ideal para popularizar y aligerar una doctrina que de otro modo no hubiera llegado a leerse.

Sin embargo, como “la vida de la muerte” resulta ser tan amplia que “El mundo todo no pudiera abarcar tanto número de Libros, que pudieran formarse con los sucesos trágicos y funestos hechos de la Muerte en un Imperio tan

personaje literario e inventándole una vida compuesta de diversas aventuras que se encarga de encaminar narrativamente hacia un objetivo concreto: recordar a los hombres su condición de

mortales, para que este conocimiento les sirva como freno contra el pecado y acicate para la virtud.

Así, imitando la artimaña de un médico que le dora la píldora al

dilatado”, Bolaños se contenta con escribir una pequeña síntesis en la que da “a conocer la corpulencia del Leon” mostrando “sola una uña”.¹³

La historia se desarrolla apegándose a un patrón biográfico convencional: patria y padres del protagonista, árbol genealógico, infancia, mayoría de edad, matrimonio, amistades, aventuras, triunfos, senectud y muerte.

Ajustándose a la historia bíblica, la vida de la Muerte se inicia con su nacimiento en el paraíso en los orígenes de la humanidad y concluye con el fin de los mortales el día de la llamada al Juicio Final, ligándose así de manera indisoluble la vida de la Muerte y la historia del mundo y la humanidad.

La Muerte, que tiene por padres al Pecado de Adán y a la Culpa de Eva (caps. I y II), a la Concupiscencia como abuela paterna (cap. IV) y a Aristóteles por padrino de bautizo (cap. III), nace como castigo a la desobediencia humana provocando el destierro de todo gozo y la pérdida de la inmortalidad.

Dejando de lado la infancia de la Muerte, Bolaños retoma el relato cuando ésta alcanza su mayoría de edad y dirige a los hombres un “Decreto imperial” (cap. V) en el que les hace saber

que todos sin excepción le han de pagar el tributo de sus vidas, que le corresponden por “derecho natural”. Aliada con la Envidia y tomando como instrumento a Caín, la Muerte estrena su poder cobrando su primera víctima en Abel (cap. VI), después de lo cual se narran sus múltiples matrimonios con los pecadores, maridos a quienes engaña alevosamente prometiéndoles que les retrasará al máximo el fin de sus días para que se dediquen al pecado, haciéndoles saber de antemano su llegada para que preparen su salvación (cap. VII).

Como la vida del hombre en los primeros tiempos del mundo era bastante más larga que la de los de ahora, la Muerte se enfrenta con el problema de poblar sus dominios subterráneos, motivo por lo que llama a concejo a sus vasallos, quienes le proponen diversos proyectos para acortarles la vida (caps. XVIII y IX).

Así, mientras que el Apetito sugiere que lo más eficaz sería fomentar la gula porque la considera el origen de todas las enfermedades, el Demonio, a quien le interesa más en lo personal el asunto porque pretende llenar de súbditos sus dominios, opina que para acortar la vida del hombre no hay como el pecado, y propone como el

mejor recurso para fomentarlo el provocar el olvido de la muerte, único freno que lo contiene.

Dadas estas dificultades para poblar de cadáveres los cementerios, la Muerte no podía menos que lamentarse al saber del fallecimiento de uno de sus más vastos proveedores, don Rafael Mata, médico que no daba “pie con bola” con las enfermedades de sus pacientes, a quienes mandaba rápidamente a la jurisdicción de la Muerte (cap. X):

[...] era tan estrecha la unión y la amistad que tenía la Muerte con don Rafael, que todo hombre se engañara de que eran hermanos, siempre que don Rafael salía a hacer sus visitas llevaba a la Muerte en las ancas de su mula, al subir por la escalera le daba a la Muerte el lado derecho y en la recámara del enfermo se aplicaban los dos a diferentes oficios: la Muerte tomaba el pulso y la pluma para escribir con puntualidad los recetas que se habían de presentar en la botica, y don Rafael se aplicaba a los accipies y los aplicaba a su bolsa. Ya podrán inferir —continúa el narrador— los prudentes lectores cuales serían los efectos de las curas, recetando la Muerte y quedándose dentro de casa. No hubo enfermo de quantos visitó nuestro célebre don Rafael, que no quedara sin dolencia en breve tiempo, pues para que el

*cuerpo no sienta no hai remedio más eficaz que separarlo del alma.*¹⁴

Después de este episodio que parece desarrollarse durante la época colonial, el relato da bruscamente un salto hacia atrás en el tiempo para sumergirnos en el relato de cinco anécdotas bíblicas que cuentan las hazañas de algunos embajadores de la Muerte en la Tierra: los profetas Jonás, Samuel, un personaje anónimo, Gad e Isaías (caps. XI al XV). Anécdotas después de las cuales la Muerte aparece ataviada de muy diferentes maneras para enfrentarse en el lecho de muerte a un justo (caps. XVI-XVII) y a un pecador (caps. XVIII-XIX).

Aunque el recurso del Demonio de provocar en el hombre el olvido de la muerte resultó ser un método eficaz para lograr la mortandad, en otro apartado del relato la Muerte se queja ante Dios precisamente de esto, remitiéndole un memorial (cap. XX) en el que le explica el olvido en el que la tienen los hombres, entretenidos en preocupaciones mundanas. Este memorial obtiene por respuesta una provisión divina (cap. XXI) dirigida a los hombres en defensa de la Muerte, en la que se encarga a los predicadores que no dejen de difundir su recuerdo.

En seguida la obra juega con el

espacio y con el tiempo, la ficción y la realidad, presentando diferentes encuentros entre la Muerte y los hombres: la reprensión del religioso tibio, la conversión de don Francisco de Borja y el susto dado a un rico (caps. XXII, XXIII y XXV); secuencia interrumpida por un episodio en el que se describe un juego de albuces entre el Demonio y el pecador, quien apuesta su alma a cambio de placeres fugaces (cap. XXIV); y por tres más en los que San Juan relata —a la manera de un cronista periodístico— las batallas entre el Cuerpo y la Muerte y el Alma y el Demonio (caps. XXVI al XXVIII).

Después de estas digresiones —típicas del estilo de Bolaños— continúa la narración de las andanzas de la Muerte y/o sus enviados por el mundo: el juicio del alcalde mayor que abusó en provecho propio de su puesto, la persuasión del doctor de la Sorbona dedicado al estudio, la conversación con un teólogo moralista que quería saber si seguir o no el probabilismo, el escarmiento del joven Junior y del magistrado negligente, las conversiones de una dama y su amante, la visión nocturna de fray Antonio Linaz, y la cátedra que expone en un congreso de sabios reunidos para discutir el concepto de hombre (caps. XXIX al XXXVII).

A partir de aquí la narración vuelve a apegarse a la historia bíblica para dar comienzo a la descripción de las postrimerías de la Muerte, de la humanidad y del mundo: el descontrol y espanto de los hombres durante el Juicio Final, las “señales funestas” con que se anunciará el principio del fin y el momento en el que al sonar las trompetas los hombres empezarán a levantarse de sus sepulturas y la Muerte, ya anciana, los reintegrará a su verdadero dueño, se despojará de sus dominios y su reino llegará a su fin (caps. XXXVIII al XL).

Aunque en sentido estricto la historia culmina con el relato anterior y el epitafio de la Muerte, el autor añade otros dos apartados: la “Conclusion de la Obra en que se dá noticia del mar negro de la Muerte que tiene que navegar todo hombre” en el que se recrea la agonía y muerte de un pecador para reforzar la imagen de lo terrible del episodio, y un “Testamento que se puede leer a todos los que están constituidos en peligro de Muerte”, especie de oración ideal en la que el hombre se despoja de lo terrenal, y en la que se resumen los postulados presentados a lo largo de la obra considerados como la mejor y más cristiana actitud para enfrentarse a la muerte, meollo central de la doctrina expuesta.

Por el bibliógrafo José Mariano Beristáin sabemos que *La portentosa vida de la Muerte* no corrió con buena fortuna entre sus contemporáneos, o dicho con mayor precisión, entre los sectores cultos e “ilustrados” de la época, ya que por ser una obra de evidentes matices barrocos en un momento en el que se propugnaba por imponer la medida y el buen gusto del neoclásico, atrajo sobre sí la censura y el desprecio de los críticos. En tono de sorna, anota que

[...] si el Autor se hubiera contentado con publicar su Libro con este título y exponerlo a la lectura y juicio del común de los que leen, acaso se le habría tratado con más indulgencia en los Papeles públicos de Megico. Pero tuvo la debilidad de añadir en el frontis de la obra esta inoportuna expresión: “Cuya célebre Historia encomienda a los Hombres de Buen gusto”. Y como en Megico y toda la América Española hay muchos de aquellos, que tienen el gusto muy delicado, se encomendaron muy bien de examinarle, y parece que lo hallaron poco digno de los moldes y del buen gusto.¹⁵

Y entre los más indignados por el mal gusto de la obra estaba José Antonio de Alzate, quien dedicó un artículo de su *Gaceta*

de *Literatura* a destacar sus errores y a censurar a Bolaños por pretender resucitar “el gusto corrompido que avasalló algún tiempo a los grandes ingenios de España”.¹⁶ Aunque en su crítica Alzate toca temas verdaderamente de fondo como el estilo, la ambigüedad, la inverosimilitud, la interpretación libre de datos y la defensa del probabilismo, la mayoría de sus objeciones se refieren a errores mucho más superfluos: anacronismos, imprecisiones geográficas y lingüísticas, empleo de neologismos, exceso de imaginación, etcétera.

La crítica es cruel en su mordacidad y está aderezada con comentarios sarcásticos del siguiente tenor: “El primer miembro del periodo apenas lo entenderá Edipo, pues no tiene pies ni cabeza”,¹⁷ “la serie de la novela parece que se concibió bajo el polo, y es capaz de helar en Primavera al erudito que la hojease”¹⁸ o, “sin duda que el autor está firmemente creído, que el mérito de una obra crece en razón del volumen, aunque este volumen resulte del hacinamiento de especies incoherentes”.¹⁹

Al parecer Bolaños no dejó sin respuesta esta crítica, pues Blanca López de Mariscal afirma en su libro que “Hay pruebas de la existencia de una carta

apologética” en la que este autor defiende su obra; sin embargo, ésta desgraciadamente se encuentra perdida.²⁰

De manera reciente y por casualidad apareció un documento original e inédito donde la polémica continúa. Escrita por un tal D.B.F.L., *La apología por el libro intitulado La portentosa vida de la Muerte...* defiende la postura y los recursos de Bolaños contra la ruda crítica de Alzate, a quien se le imputan los mismos defectos que censura. Esta apología, desconocida hasta ahora pero ya en vías de publicación, da muestras de que la aparición de *La portentosa vida de la Muerte* en el mundo literario novohispano desató una polémica que va mucho más allá de la obra misma, y que tiene como referente el enfrentamiento entre las dos maneras de entender la realidad que estaban en ese momento en pugna: el misonismo barroco y la modernidad ilustrada.

Mal recibida en su época, la obra no corrió con mejor suerte en los dos siglos siguientes. Los libros en los que se habla de nuestra literatura novohispana se contentan con mencionarla de paso, incluyéndola como una mera referencia histórica a cierto tipo de literatura religiosa que floreció durante la Colonia,

destacando su parecido con algún género literario convencional.

Ignorada por las prensas durante 150 años, la UNAM la rescató del olvido al publicar en 1943 una selección de fragmentos de los 12 primeros capítulos de la obra que, en el decir de Agustín Yáñez —prologuista de la edición—, son “algunos de los trozos característicos desde el punto de vista de la construcción y atisbos novelescos y [...] algunas reflexiones morales que dan el tono a la obra”.²¹

En 1983, el INBA, en coordinación con Premiá editores, publicó una edición facsimilar de la obra que no fue muy difundida. Diez años después apareció una edición crítica editada por el Colegio de México.²²

La poca fortuna actual de *La portentosa...* se cimienta en la opinión desmerecedora de Yáñez, quien en el prólogo de la antología citada le concede un valor exclusivamente documental, negándole cualquier importancia literaria. En su contra, alega que aunque “en ella despunta el relato costumbrista y satírico”, “es una obra fundamentalmente moral”;²³ además de que resulta una mezcla híbrida de muy distintos géneros textuales: “ni es propiamente sermón, tratado apoloético o análisis místico, ni novela.”²⁴

Este hibridismo, aunado al nada desdeñable peso de la opinión de Yáñez, son tal vez los motivos por los que se le ha concedido poca atención a esta singular obra novohispana entre los investigadores literarios actuales, quienes la ignoran debido a su fuerte carga moral, pese a que combina y entremezcla patrones de la literatura convencional.

En efecto, *La portentosa...* se presenta como un tipo muy especial de literatura en la cual se combinan dos intenciones —la de moralizar y la de divertir—, con el objetivo de inducir al lector a modificar su actitud con respecto a la muerte. Textualmente compleja por la combinación de paradigmas literarios,²⁵ géneros,²⁶ tipos²⁷ y recursos textuales,²⁸ y conceptualmente riquísima en tradiciones pertenecientes a distintos ámbitos y épocas (literarios, culturales, religiosos, sociales, ideológicos, etc.), *La portentosa vida de la Muerte* —escaparate de la teoría literaria vigente (tanto temática como discursiva)—, se inscribe dentro de ese conjunto de textos tan comunes en la literatura novohispana (sermones, vidas de beatos y religiosos, relatos de milagros y apariciones, obras morales, etc.) cuya categoría está aún por definir.

Empero, en vez de restarles mérito como opina Yáñez, es precisamente este hibridismo lo que a nuestro juicio les concede a estas obras su riqueza y su valor textual, proporcionándole a los investigadores la posibilidad de elaborar múltiples lecturas alternativas.

NOTAS

¹ Joaquín Bolaños, *Salud y gusto para todo el año o Año Josephino a los fieles que gustan leer las virtudes y excelencias con que Dios favoreció a su putativo padre y purísimo esposo de su Santísima Madre, el santísimo Sr. San Joseph, y que en su favor buscan salud y remedio a todas sus necesidades con doctrinas morales y exemplos, un ejercicio espiritual y breve deprecación al santo para cada día. Tomo III*, México, Of. de los Herederos de Joseph de Jáuregui, 1793, pp. 92-93.

² Joaquín Bolaños, *La portentosa vida de la Muerte, emperatriz de los sepulcros, vengadora de la humana naturaleza, cuya célebre historia encomienda a los hombres de buen gusto Fray Joaquín Bolaños...* México, Of. de los herederos del Lic. D. Joseph de Jáuregui, 1792, 276 pp., Portada.

³ “Nómina de los Capítulos Guardianales celebrados en el Colegio de Guadalupe desde el año 1713 hasta el de 1907”, en Cuauhtémoc Esparza Sánchez, *Compendio histórico del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Nuestra Señora de Zacatecas*, 2a. ed., Departamento de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de

Zacatecas. Zacatecas, 1974 (Serie Historia #1), p. 166.

⁴ Blanca López de Mariscal, *Fray Joaquín Bolaños. La portentosa vida de la Muerte*, México, El Colegio de México, 1992, pp. 11-16.

⁵ Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos*, 2a. ed. corregida y aumentada nuevamente por el autor, Barcelona-Madrid, 1950, p. 307.

⁶ José Toribio Medina, *La imprenta en México. 1539-1821*, México, UNAM, 1989, 8 vols., vol. VI, pp. 612-613.

⁷ José Antonio de Alzate y Ramírez, "Sancta sancte sunt tractanda" en *Gaceta de Literatura*, tomo III, Puebla, 1831, p. 41.

⁸ A pesar de que sólo algunos de los grabados están firmados por este autor, tanto Antonio Palau como Manuel Romero de Terreros coinciden en atribuirse los en su totalidad. Palau y Dulcet, *op. cit.*, p. 307 y Manuel Romero de Terreros, *Grabados y grabadores en la Nueva España*, México, Ediciones Arte Mexicano, 1968, pp. 463-466.

⁹ Joaquín Bolaños, *La portentosa...*, Dedicatoria.

¹⁰ *Idem*, Censura y Parecer.

¹¹ *Idem*, Prólogo, páginas preliminares s/n.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Idem*, pp. 67-68.

¹⁵ José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, México, 1816, 3 vols, p. 204.

¹⁶ José Antonio de Alzate, *op. cit.*, p. 23.

¹⁷ *Idem*, p. 39.

¹⁸ *Idem*, p. 29.



¹⁹ *Idem*, p. 24.

²⁰ Blanca López de Mariscal, *op. cit.*, p. 16. No dice cuáles ni de dónde tomó esta información.

²¹ Agustín Yáñez (prol.), *Los sirgueros de la Virgen de Br. Francisco de Bramón y La Portentosa vida de la Muerte de fray Joaquín Bolaños*, México, Imprenta Universitaria, UNAM, 1943 (Biblioteca del estudiante universitario # 43), Prólogo.

²² La citada edición de Blanca López de Mariscal.

²³ Agustín Yáñez, *op. cit.*, p. VI.

²⁴ *Idem*, p. XI.

²⁵ Barroco, picaresca, neoclasicismo, etcétera.

²⁶ Novela, sermón, alegoría, parodia, biografía, sátira, epístola, poesía, *exempla*, etcétera.

²⁷ Testamento, decreto, memorial, provisión, nota periodística, etcétera.

²⁸ Metáforas, alegorías, descripciones, diálogos, monólogos, comparaciones, antítesis, contrastes, etcétera.